

rantizado previamente, por los empleados ingleses de la corona. El único punto de disputa era el juramento de fidelidad que exigían los ingleses á los acadianos. Estos rehusaban prestarlo, á no ser en la forma modificada, que los excusase de hacer armas contra los franceses. La demanda de los ingleses fué hecha repetidas veces, y evadida con ingenuidad y persistencia constantes. Los acadianos, en su mayor parte, fueron probablemente gente cándida y apacible, que deseaba solo vivir tranquila en sus granjas; pero había algunos espíritus inquietos, especialmente entre los jóvenes, que comprometieron la reputación de la comunidad, y todos estaban bajo la influencia de sus sacerdotes, algu-

nos de los cuales, no hacían un secreto de su amarga hostilidad contra los ingleses y de su determinación de valerse de todos los medios, para libertarse de ellos.

Como los intereses ingleses se aumentaban, y las relaciones violentas entre los dos países, se aproximaban á una guerra abierta, la cuestión relativa al modo de zanjar el problema acadiano, llegó á ser la dominante en la colonia. Había algunos que deseaban apoderarse de las ricas granjas de los acadianos; otros estaban inspirados por el odio religioso; pero el espíritu que prevalecía, era el del temor á la cercana presencia de una comunidad que, llamándose neutral, podía, llegada la ocasión, otrecer un conveniente

apoyo al ataque del enemigo. Aún exigir á estas gentes que se retirasen al Canadá ò á Louisbourg, sería reforzar á los franceses y convertir á estos neutrales, en enemigos declarados. La colonia resolvió finalmente, sin consultar al gobierno local, trasladar á los acadianos á otras partes de la América del Norte, distribuyéndolos en las colonias, con el objeto de impedir ningun concierto entre las familias así esparcidas, por el cual pudiesen regresar á la Acadia. Para lograr esto, los preparativos debían ser rápidos y secretos. Había á las órdenes del gobernador inglés, un número de tropas de Nueva Inglaterra traídas allí, para la captura de los fuertes que había en el país disputado, cerca de la

parte superior de la bahía de Fundy. Estas tropas se hallaban al mando del teniente coronel John Winslow, de Massachusetts, biznieto del gobernador Edward Winslow de Plymouth, y á éste caballero y al capitán Alexander Murray, fue presentada la petición, para trasladar á los acadianos. Se les sugirió además, que usaran, si era posible de un stratagema, á fin de atraer juntas á varias familias, y de impedir que algunas se escaparan á los bosques. El día 2 de Setiembre de 1755 Winslow expidió una orden escrita, dirigida á los habitantes de Grand-Pré, Minas, River Canard, etc., "tanto á los viejos, como á los jóvenes y á los muchachos," intimando á todos los varones para que lo espera-

rantizado previamente, por los empleados ingleses de la corona. El único punto de disputa era el juramento de fidelidad que exigían los ingleses á los acadianos. Estos rehusaban prestarlo, á no ser en la forma modificada, que los excusase de hacer armas contra los franceses. La demanda de los ingleses fué hecha repetidas veces, y evadida con ingenuidad y persistencia constantes. Los acadianos, en su mayor parte, fueron probablemente gente cándida y apacible, que deseaba solo vivir tranquila en sus granjas; pero había algunos espíritus inquietos, especialmente entre los jóvenes, que comprometieron la reputación de la comunidad, y todos estaban bajo la influencia de sus sacerdotes, algu-

nos de los cuales, no hacían un secreto de su amarga hostilidad contra los ingleses y de su determinación de valerse de todos los medios, para libertarse de ellos.

Como los intereses ingleses se aumentaban, y las relaciones violentas entre los dos países, se aproximaban á una guerra abierta, la cuestión relativa al modo de zanjar el problema acadiano, llegó á ser la dominante en la colonia. Había algunos que deseaban apoderarse de las ricas granjas de los acadianos; otros estaban inspirados por el odio religioso; pero el espíritu que prevalecía, era el del temor á la cercana presencia de una comunidad que, llamándose neutral, podía, llegada la ocasión, ofrecer un conveniente

apoyo al ataque del enemigo. Aún exigir á estas gentes que se retirasen al Canadá ò á Louisbourg, sería reforzar á los franceses y convertir á estos neutrales, en enemigos declarados. La colonia resolvió finalmente, sin consultar al gobierno local, trasladar á los acadianos á otras partes de la América del Norte, distribuyéndolos en las colonias, con el objeto de impedir ningun concierto entre las familias así esparcidas, por el cual pudiesen regresar á la Acadia. Para lograr esto, los preparativos debían ser rápidos y secretos. Había á las órdenes del gobernador inglés, un número de tropas de Nueva Inglaterra traídas allí, para la captura de los fuertes que había en el país disputado, cerca de la

parte superior de la bahía de Fundy. Estas tropas se hallaban al mando del teniente coronel John Winslow, de Massachusetts, biznieto del gobernador Edward Winslow de Plymouth, y á éste caballero y al capitán Alexander Murray, fue presentada la petición, para trasladar á los acadianos. Se les sugirió además, que usaran, si era posible de un estratagemá, á fin de atraer juntas á varias familias, y de impedir que algunas se escaparan á los bosques. El día 2 de Setiembre de 1755 Winslow expidió una orden escrita, dirigida á los habitantes de Grand-Pré, Minas, River Canard, etc., "tanto á los viejos, como á los jóvenes y á los muchachos," intimando á todos los varones para que lo espera-

señ en la iglesia, en Grand-Pré, el día 5 siguiente, para oír una comunicación que el gobernador había enviado. Como se habían entablado negociaciones respecto del juramento de fidelidad, y se había discutido mucho acerca de la retirada de los acadianos del país, aunque nada se había hablado de su traslación y dispersión, entendiéndose que se trataba de una reunión importante, y el día señalado, cuatrocientos diez y ocho hombres y niños, se reunieron en la iglesia. Winslow, acompañado de sus oficiales y hombres, hizo que se colocase una guardia en torno de la iglesia, y entonces anunció al pueblo, que su Magestad había resuelto que fuesen los acadianos trasladados con sus familias fuera del país.

La iglesia se convirtió en cárcel y todos los prisioneros fueron puestos bajo una estricta vigilancia. Al mismo tiempo, iguales hechos se realizaban en Pisiqid bajo las órdenes del capitán Murray y con menos éxito en Chignecto. Entretanto hubo murmullos de levantamiento entre los prisioneros, y como los trasportes que se habían pedido á Boston no habían llegado todavía, se determinó hacer uso de los buques que habían conducido á las tropas y trasladar á ellos á los hombres, bajo buena custodia. Esto se hizo el 10 de Setiembre y los hombres permanecieron en los buques en el puerto hasta la llegada de los trasportes, y haciéndose uso de éstos, cerca de tres mil personas fueron desterradas del

país y enviadas á la Carolina del Norte, Virginia, Maryland, Pensilvania Nueva York, Connecticut y Massachusetts. En la confusión y precipitación de la partida, precipitación que se aumentaba por el ansia de los oficiales de libertarse de esta desagradable tarea, y confusión que era mayor por la diversidad de los idiomas; muchas familias se separaron y algunas nunca volvieron á reunirse. La historia de Evangelina es la historia de semejante separación. La traslación de los acadianos fué una mancha para el gobierno de Nueva Escocia y para el de la Gran Bretaña que nunca desaprobó el atentado, aunque éste fué cometido probablemente sin el permiso directo ni orden del gobierno

inglés. Se ha probado que era innecesario, pero es preciso también recordar, que para muchos hombres, en este tiempo, el poder inglés parecía temblar ante el de Francia y que la colonia de Halifax miraba este acto, como un acto de preservación.

Las autoridades, para la indagación histórica sobre este asunto pueden consultarse mejor en un volumen publicado por el gobierno de Nueva Escocia en Halifax en 1859 con el título de "Selections from the Public Documents of the Province of Nova Scotia," editor Thomas B. Akins; y en un diario manuscrito llevado por el coronel Winslow y que está ahora en el gabinete de la Sociedad histórica de Massachusetts, en Boston. En la casa del Estado

en Boston hay dos volúmenes de documentos con el título de "French Neutrals" que contienen voluminosos papeles relativos al tratamiento de los acadianos que fueron enviados á Massachusetts. Probablemente la obra usada por el poeta al escribir su "Evangelina" fué la que se intitula "An Historical and Statistical Account of Nova Scotia" por Thomas C. Haliburton, que es más conocido como autor de "The Clock-Maker on The Sayings and Doings of Samuel Slick of Slickville," libro que escrito aparentemente para excitar á los habitantes de Nueva Escocia á mayores empresas, fué por largo tiempo, el principal representante de la agudeza yankee. La historia del juez Haliburton se publicó

en 1829. Una última historia que tiene la ventaja de contar con documentos históricos es "A history of Nova Scotia or Acadia," por Bea-mish Murdock Esq. Q. C. Halifax 1866. Aun más reciente que ésta es una pequeña, pero bien escrita obra intitulada "The History of Acadia from its First Discovery to its Surrender to England by the Treaty of Paris," por James Hannay, St. John, N. B. 1879. W. J. Anderson publicó un papel en los anales de la Sociedad Histórica de Quebec, Nueva série—parte 7—1870, intitulada "Evangeline and the Archives of Nova Scotia" en la cual examina el poema á la luz de las revelaciones que contiene el volumen de los Archivos de Nueva Escocia publicados

por T. D. Akins. Los bosquejos de los viajeros en Nueva Escocia, como "Acadia or a Month among the Blue Noses" por T. S. Cozzens, y "Baddeck" por C. D. Warner, presentan el aspecto actual del país y de sus habitantes."

Adicionaré esta introducción con dos notas acerca del nombre "Acadia," y de los antiguos colonos de ese país, arrojados de allí por los ingleses y entre los cuales fué á buscar Longfellow los bellos caracteres de su admirable poema. Tales notas serán útiles á los lectores de la traducción. "En los antiguos documentos "Acadia" es llamada "Cadia;" después se le llamó "Arcadia," "Acadia" ó l' "Acadie." Este nombre es probablemente una adaptación

francesa de una palabra común entre los indios "Micmac" que vivían allí, y que significa "lugar ó región" y usada como un afijo para otras palabras para indicar el lugar en que se encontraban varias cosas, como arándanos, anguilas y focas que se encontraban en abundancia. Los franceses convirtieron este término indígena en el de "Cadia" ó "Acadia;" los ingleses en el de Quoddy-forma en la que permanece cuando se aplica á los Quoddy y á Quoddy Head, el último punto de los Estados Unidos cercano á Acadia; así como á los compuestos "Passamaquoddy" ó Pollock Ground.

En cuanto al lugar llamado entonces Grand-Pré, en el que Longfellow hace pasar el bellissimo idilio



de los primeros cantos de Evangelina, forma hoy parte de la ciudad de Horton.

Respecto de los primeros colonos de la Acadia, se sabe que eran principalmente descendientes de los colonos que fueron llevados á La Have y Port-Royal por Isaac de Razilly y Charnisay, entre los años de 1633 y 1638. Estos colonos venían de la Rochela, de Saintonge y del Poitou, de modo que habían salido de una área muy limitada en la costa occidental de Francia, cubierta con los departamentos modernos de la Vendée y del Charente inferior. Esta circunstancia ejerció alguna influencia, en la manera de colonizar las tierras de la Acadia, porque ellos venían de un país lleno de pantanos donde el mar era contenido por me-

dio de diques artificiales, y encontraron en la Acadia iguales pantanos, con los cuales, hicieron lo mismo que habían acostumbrado practicar en Francia (Hannay's "History of Acadia pag. 382")

De tan dolorosa historia y de los recuerdos de ese atentado espantoso que aún hoy causa indignación, como la causan todas las infamias que comete la fuerza bruta, el gran poeta americano sacó los elementos para escribir su poema inmortal con el que ha conmovido al mundo.

¿Cuál es el argumento de este poema? Es inútil que lo digamos, cuando los lectores van á conocerlo y á seguir con interés siempre creciente las peripecias de un amor sencillo, apasionado, admirable, que tie-

ne por escena las soledades del Nuevo Mundo, por actores á seres buenos y bellos, como ángeles, pero en el que toma gran parte la Fatalidad, como en las tragedias antiguas. Por otra parte, sería vano esfuerzo querer reproducir en pálida prosa, lo que solo es dado cantar en la lengua divina de los poetas

La «Evangelina» debe leerse en verso. Solo así puede aspirarse el aroma fresco y grato, que exhala el idilio que se representa en la Acadia; solo así pueden admirarse debidamente los asombrosos cuadros de la Naturaleza americana, en los cuales, Longfellow ha superado por la maestría de las descripciones, por la viveza del colorido y por la magia del estilo á cuantos, encantados por

la belleza del aspecto de la tierra americana, le habían precedido en los dominios de la poesía.

Y bien: ¿cómo clasificar este poema? Yo no quiero adrede abordar esta cuestión. Fuera de que las clasificaciones retóricas, son casi siempre incompletas é inexactas, en nuestro tiempo son inútiles. El poeta actual, penetra en todos los dominios, en el subjetivo y en el objetivo, todo lo invade porque todo lo necesita, para la expresión de la belleza y de la verdad. Busca en los abismos del corazón, las sombrías y terribles luchas del sentimiento; en la vida exterior los aspectos siempre variados y bellos de la indiferente y serena Naturaleza, y en las profundidades insondables del cielo, los

misterios de una fuerza superior. Todo lo estudia, todo lo copia, todo lo siente. Con todo esto se forma el poema moderno. Evangelina es una prueba, la más elocuente quizá, de esta observación literaria. La intensa conmoción de que se siente poseído el lector, se suspende, se interrumpe, para dar lugar á la admiración que causan los cuadros descriptivos, y esa admiración voluptuosa, como que se oscurece de súbito por la inmensa sombra que proyectan en el espíritu las reflexiones amargas que lo sobrecogen y confunden.

Tales son las múltiples y variadas sensaciones que se experimentan, leyendo á Evangelina, y Longfellow ha sabido ser un gran poeta, puesto

que ha logrado mover en el espíritu de sus contemporáneos, como moverá en el de las generaciones venideras, los más importantes resortes del interés y del sentimiento.

Pero sobre todo, y más que todo, ha sido un poeta americano. La América, con su importante belleza y con su magestad virginal, se refleja en el poema entero, y lo llena de tal modo, que críticos muy expertos, pero que como Homero, se dormían alguna vez, adormecidos, podríamos decirlo, ante la magia de los cuadros descriptivos, es decir, ante la naturaleza exterior, no han querido reparar en el cuadro íntimo que sostiene el amor apasionado contra los furios del destino, en el alma de los bellos personajes del poema.

No; Philarète de Chasles, juzgando á Longfellow, no ha conservado su espíritu penetrante y sagáz. El artista, esta vez, no hizo lugar al filósofo, y fué semejante al sordo que admira el plumaje de la ave canora, y no es capaz de apreciar el canto.

Evangelina abunda en bellezas descriptivas, pero también rebosa pasión, una pasión intensa, doliente, pura; la esperanza y el dolor se la disputan, la resignación y una energía digna de los mártires, la sostiene; no vacila, no desfallece, no se desespera; es el símbolo de la fé y de la fuerza. ¿Hay un ejemplo de amor más fuerte y más santo, que el de Evangelina?

En cuanto á la forma, ya lo hemos dicho. Longfellow ha hecho un

poema esencialmente americano. Su estilo es fuertemente pintoresco, nervioso, original. Si se nos permitiera diríamos, que había introducido en la flexibilidad del lenguaje inglés, la expresión pintoresca del indio de los desiertos americanos, y la piadosa dulzura de los primeros habitantes cristianos del Norte. Su estilo poético es un brevaie aromático, que embriaga y conforta. Es poeta, y parece apóstol; lo que Edgar Poe le censura, constituye precisamente su gran mérito. Evangelina podía haber sido un poema pesimista, y es un poema de cristiana resignación. Es verdad que coloca en la mano de los mártires, una copa de amargura y de lágrimas, pero en ella vierte una gota de ambrosía: la ambrosía

de las esperanzas eternas. ¿Acaso no es ésta la recompensa única de la virtud, en la tierra?

—  
 Longfellow escribió su poema en el metro conocido como exámetro dactílico inglés y ésto ha aumentado la dificultad, ya grande de por sí, de traducirlo á otra lengua, especialmente si esta lengua es latina. No tenemos en español un metro equivalente, y hay que encerrar en el endecasílabo, combinándolo de modo que no pierda su magestuosa armonía, el concepto del vate americano.

El joven é inspirado poeta mexicano Joaquín D. Casassus, acometió esta tarea que habría hecho vacilar á los más fuertes; pero el éxito ha sonreído à sus esfuerzos y á su la-

boriosidad. El ha logrado lo que muy pocos traductores alcanzan, á saber: conservar fielmente el texto original y trasladarlo á nuestra lengua con la armonía poética que era necesaria para interpretarlo. Porque parafrasearlo no era tan difícil; pero entonces, ya no era el pensamiento de Longfellow, no eran sus palabras, no era su lenguaje poético el que se nos daba á conocer, sino á lo sumo la idea vaga de su plan; una verdadera imitación. Para traducirlo era preciso guardar rigurosamente las leyes de la exactitud, conservar la imágen con su fuerza y colorido peculiares, buscar en la lengua extraña la armonía y el ritmo equivalentes, y esto sin agregaciones ni omisiones, sin enmendar al poeta y

sin desnaturalizar su pensamiento. Trabajo rudo, en verdad, y para el cual se necesita también de inspiración, de identificación con la índole poética del autor.

Desde que el joven traductor nos leyó su obra en lo particular y pudimos compararla con el texto, admiramos complacidos estas cualidades que tan pocas veces brillan en las traducciones. En la suya notamos inmediatamente, que no se marchitaba la frescura del estilo de Longfellow, que no se evaporaba el aroma silvestre y balsámico que exhala, si vale expresarnos así, que no palidecía su colorido americano. Conservaba el verso endecasílabo del traductor mexicano todas esas dotes que caracterizan al original, y así

como éste, aunque escrito en inglés, nunca se confundirá, por ejemplo, con el estilo del «Manfred» de Byron, de la «Gertrudis de Wommyng» de Campbell ó de «Lalla-Rook» de Moore, así el estilo de la traducción de Casusus no se confundirá tampoco con ninguno de los poemas españoles. Y es: que aunque interpretando en español á un poeta americano que habla inglés, ha sabido ser á su turno, esencialmente mexicano.

Más tarde, cuando el Sr. Casusus leyó su «Evangelina» en el «Liceo Hidalgo» este juicio que había yo formado acerca de ella, se confirmó plenamente. Encantó á los socios de esa respetable Corporación literaria, no solo por su belleza, sino por su americanismo, que no puede repro-

ducirse, sino por un americano. Un europeo que no conociera la América, difícilmente podría comprender y expresar con la viveza de colorido que se requiere, la belleza de nuestros cuadros naturales, la energía de nuestros sentimientos y los caprichos de nuestra lengua, enriquecida por los modismos y por la influencia de nuevas nociones en la contemplación de una Naturaleza nueva.

Precisamente estas últimas circunstancias dieron motivo en el seno del Liceo, à algunas observaciones, no acerca de la exactitud y belleza de la traducción, sino del empleo de giros nacionales y de mexicanismos en el estilo; pero tambien tuvimos nosotros el honor de demostrar allí la conveniencia del uso de estos gi-

ros y modismos, como propios de nuestra literatura nacional que tiene el derecho de ponerlos en circulación, como característicos de su caudal independiente.

Y en efecto, si algo dá una fisonomía peculiar á nuestra poesía y á nuestra prosa, es el uso de los modismos, conformes a la índole filosófica de toda lengua que se habla por un pueblo soberano é independiente, con otras institucioes, otras costumbres, otras necesidades y numerosísimos elementos lingüísticos nuevos que no tiene la nación que impuso en otro tiempo esa misma lengua, ni las otras que la conservan tambien, como fondo de las suyas.

Este argumento irresistible justifica plenamente el uso que ha hecho

el poeta mexicano, de modismos y palabras que traducen mejor las ideas del poeta americano, como podría probarse si en detalle pudieran citarse con el texto al frente.

Réstanos sólo decir algo sobre las traducciones que se han hecho en español de la «*Evangelina*.» No conocemos más que dos en verso una del Sr. Morla Vicuña, diplomático chileno (Nueva York—1871) y otra de D. Federico Rahola, publicada en el «*Mundo ilustrado*,» periódico de Barcelona núms. 179-192.

Pero sin que sea nuestra intención rebajar en lo más mínimo la reputación de tan entendidos literatos, sino guiados únicamente por el amor á la justicia y á la verdad, podemos decir que la primera de esas traduc-

ciones, aunque hecha en sonoras octavas reales, es demasiado parafrásica y tanto, que á veces no parece sino una mera imitación de Longfellow.

Nuestro ilustrado amigo y consocio el Sr. D. Francisco Sosa, en el magnífico Juicio Crítico, que leyó hace poco en el «*Liceo Hidalgo*» comparando la traducción de la «*Jerusalem libertada*» hecha por el español Sr. Pezuela, conde Cheste, con la que hizo nuestro compatriota el Sr. Gómez del Palacio, censura con razón en la del primero las libertades frecuentes que se toma, añadiendo algo de su propia cosecha, ó alterando notablemente el original del gran poeta italiano. ¿Qué diría el juicioso crítico mexicano si exami-



nara la traducción de «Evangelina» hecha por el Sr. Morla Vicuña en que se intercalan muchos versos que no pertenecen á Longfellow, se sustituyen imágenes, se omiten pensamientos y se cambian con frecuencia las ideas del poeta?

Demostrarlo sería fácil, si no temiéramos alargar demasiado las dimensiones del presente estudio.

En cuanto á la segunda, escrita en versos endecasílabos sin rima, nos parece en su mayor parte bastante literal, aunque se separe á veces del texto, juzgando quizá poco poéticas imágenes que en realidad lo son; pero el estilo tiene un carácter áspero y un pronunciado sabor á prosa que ni siquiera dulcifican las armonías del consonante ò del asonante que

solo pueden olvidarse en el verso libre, cuando éste es eminentemente melodioso.

No sucede otro tanto con la traducción del Sr. Casassus, hecha en sextinas de versos endecasílabos con una combinación especial. No conociendo, como nos consta que no conocia las dos traducciones mencionadas, limitóse á alterar el metro del original inglés, porque no era posible usarlo en la poesía española, y no quiso aceptar tampoco la octava; pero en la forma métrica que adoptó ha conservado la magestad armoniosa que conviene al poema y sobre todo ha sido traductor fiel, y elegante versista.

Lo felicitamos por su trabajo, y en señal de homenaje, colocamos en las

puertas del bello templo que ha construido, los humildes y rústicos festones de este prólogo.

México, Abril 28 de 1885.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

## INTRODUCCION.

## I

Esta es la selva de la edad primera.  
mirad los viejos pinos rumorosos  
agitando la verde cabellera  
que á la hora del crepúsculo, musgosos,  
y entre la sombra envueltos, aparecen,  
cuando los vientos su ramaje mecen,  
ya como ancianos druidas que se quejan  
con profética voz, ya como bardos  
que sobre el ancho y dilatado pecho  
la larga barba descansando dejan.  
Oid del mar, que su furor esconde  
en sus antros de rocas, el rugido,  
y la voz con que triste le responde  
de los bosques lejanos, el gemido.